

se entregaron asimismo sin hacer ninguna resistencia.

Estaban así abiertas para el ejército español las puertas de Lisboa. Los vecinos que habían vivido hasta entonces tan inquietos, con la idea del saqueo, comenzaron á tranquilizarse, viendo las disposiciones pacíficas del duque de Alba, y las medidas que para evitar este desorden adoptaba. Se colocó de su orden el prior mayor de Castilla, con varios jefes principales y un cuerpo escogido del ejército, en la puerta de Santa Catalina, con objeto de evitar que entrasen en la capital soldados castellanos, mezclados con los portugueses fugitivos. Con igual objeto estableció el marqués de Santa Cruz sus galeras á la boca del puerto, impidiendo todo desembarco por parte de los nuestros. Con esto los magistrados de la capital evacuada ya por don Antonio y las tropas portuguesas de su parcialidad, se presentaron en las puertas de la capital, ofreciendo al duque de Alba que las abrirían gustosos, con tal que se respetasen sus privilegios, y que se les hiciese el mismo partido que á los demas pueblos del reino que las habían recibido. Otorgóselo el duque, como que esto estaba tan expresamente mandado por el rey en el bando general, dado al ejército antes de comenzarse la campaña. Arregladas estas condiciones, entraron las tropas castellanas triunfantes en Lisboa, sin proponerse á exceso alguno, tan contenidas estaban por las leyes de la mas severa disciplina. El duque las mandó alojar en los arrabales de la ciudad, y desde aquel momento fué reconocida del modo mas solemne en la capital de Portugal la autoridad del rey de España.

Para colmo de fortuna, á los dos dias de la entrada de las tropas españolas en Lisboa, se presentaron en la boca del Tajo los galeones portugueses, que volvian de las Indias orientales con ricas mercancías. Mas no sufrieron vejacion alguna por el duque de Alba, quien, contentándose con recoger la parte que al rey correspondia, hizo que se entregase religiosamente á los particulares lo que tocaba á cada uno.

Se podia dar la guerra de Portugal por concluida, por adjudicado definitivamente este pais al rey de España. Don Antonio, despojado de la capital, no tenia medios de hacerse temible en parte alguna. Seguido de las reliquias de su ejército, se dirigió á Santaren; mas no temiéndose por seguro en esta plaza, se marchó á Coimbra, donde pudo reunir hasta seis mil hombres con los que llevaba, y los descontentos que quisieron probar fortuna, tomando abrigo en sus banderas. Para perseguir á don Antonio, envió el duque de Alba á Sancho de Avila con cuatro mil hombres de infantería y cuatrocientos caballos, habiendo hecho acantonar la demas tropa en Setubal y varios pueblos inmediatos á Lisboa, donde no se habia alterado la tranquilidad con las buenas medidas de gobierno, adoptadas por este general en jefe.

Salió Sancho de Avila de Lisboa, á principios de setiembre de 1580. Detuvieron su marcha mas de lo que era preciso las recias lluvias que sobrevinieron, dejando intransitables los caminos. Pero el capitán español no omitió diligencia para llegar cuanto mas antes á Coimbra. Sabor don Antonio de su aproximacion, evacuó la plaza, y se retiró á la de Aveiro que entregó al saqueo, viéndose asimismo en la imposibilidad de conservarla. De este punto se trasladó á Oporto, segunda capital del reino entonces, como lo es hoy dia, donde pensaba hacerse fuerte, contando con sus numerosos partidarios.

Siguió Sancho de Avila sus huellas, y aunque en los diferentes pueblos de su tránsito ninguna manifestacion se hacia al rey de España hasta verse ocupados por sus tropas, tampoco le ponía impedimento alguno el desfavorable espíritu que á las poblaciones animaba. Así llegó hasta el Duero, en cuya orilla izquierda no halló barca alguna en que pudiese verificar su paso á la otra parte, habiéndolas llevado todas don Antonio. En esta situacion se vió precisado á enviar varios destacamentos rio arriba, para hacerse con cuantas encontrasen; mas ninguna vieron á la orilla izquierda. Se dice que para salir de este

conflicto, se disfrazó con algunos otros de la mayor confianza, y presentándose con este traje, hizo creer á los pescadores de la otra orilla que eran fugitivos del ejército de don Antonio, con quien deseaban reunirse. Una barca se destacó en efecto á recibirlos, y llegó adonde estaba Sancho de Avila. Acudieron entonces á una señal soldados que estaban escondidos, y dueños de la barca, les fué ya muy fácil apoderarse de las otras.

Dispuestos así los medios de transporte, procedió Sancho de Avila al ataque de la plaza. Aunque se hallaba con tan pocas fuerzas, la dividió en dos trozos para conseguir su intento. Quedó con el mando del primero el capitán Gerónimo Zapata, quien debia amagar el paso del rio por Piedra-Salada, mientras el mismo Sancho de Avila con el otro, se puso en marcha rio arriba, para pasarle por Abintes. Jugó, pues, Zapata dos piezas de artillería que acompañaban á la division, y haciendo ademán de querer embarcarse, llamó la atención de los de Oporto por aquella parte. Mientras tanto, despues de haber pasado el Duero Sancho de Avila, atacó realmente la ciudad por el extremo opuesto. Fué seguida esta maniobra del mas favorable resultado. Sobrecogidos los de la ciudad con esta repentina aparicion de Sancho de Avila, comenzaron á desordenarse. Los soldados de don Antonio no se atrevieron á hacer frente á las tropas españolas. Se vió el prior de Crato en la necesidad de evacuar á Oporto, y tomar la direccion de Viana como fugitivo. Sin embargo, todavía permaneció muchos dias en el pais, abrigado por gente de su parcialidad, sin que todas las pesquisas de los españoles pudiesen descubrir su paradero. Al fin, cansado de semejante situacion, temeroso de caer en manos de los de la parcialidad del rey, que habia ofrecido ochenta mil ducados á quien le entregase vivo ó muerto, halló los medios de embarcarse y trasladarse á Francia.

Abandonada Oporto por las tropas de don Antonio, no pensó en hacer ninguna resistencia, y abrió las puer-

tas á Sancho de Avila, dándose al mismo partido que las demas ciudades donde habian entrado tropas españolas.

Se exhalaban en Oporto los últimos suspiros de la independencia portuguesa. Bastó una campaña, ó mas bien un paseo militar de unos pocos meses, para hacer dueño y absoluto señor de Portugal al rey de España. Cuando le llegaron tan prósperas noticias, hacia poco que acababa de salir de una enfermedad, que le puso al borde del sepulcro. A este contratiempo se agregó la muerte de la reina doña Ana de Austria, su cuarta mujer, que falleció en la temprana edad de veinte y cinco años. Pero estas calamidades domésticas, cualquiera que fuese la impresion que causasen en el corazón del rey, no le estorbaban para atender á todos los cuidados y negocios del gobierno. Al mismo tiempo que Portugal, habian reconocido la autoridad del rey las plazas de sus posesiones en las costas de Africa. Siguió su ejemplo la isla de la Madera; mas no sucedió lo mismo en las Terceras, donde fué reconocido don Antonio. Mientras tanto se mandaban emisarios al Brasil y posesiones de los portugueses en las Indias orientales. Pronto fué reconocida la autoridad de Felipe II en tan ricos y vastos dominios, mientras las islas Terceras, fieles siempre al pendon de don Antonio, se preparaban á la mas seria resistencia.

Era ya tiempo que el rey se moviese de Badajoz para tomar posesion del nuevo reino. Se puso en marcha efectivamente el 5 de diciembre de aquel año, acompañado del archiduque Alberto y algunos mas grandes, pues no quiso llevar mucha comitiva, intentando engrosarla con los nobles portugueses. Encontró en Elvas al duque de Braganza, quien le aguardaba allí con objeto de darle acatamiento como cabeza y representante de la nobleza portuguesa. Le acogió con afabilidad el rey de España, y le agració con el collar del Toison de Oro. En seguida se dirigió por Campomayor, Arronches, Portoalegre, Crato y Abrantes á la villa de Tomar, donde habia convocado á

Córtes. En los pueblos de su tránsito hallaba un recibimiento reservado y frio; mas en ninguna parte se manifestaban síntomas de abierto descontento.

Llegó el rey el 16 de abril de 1581 al pueblo de Tomar, donde le aguardaban los prelados, los nobles, los procuradores del reino convocados de su orden. Allí se hizo la solemne proclamacion del nuevo rey, habiendo precedido el juramento de una y otra parte. Fué la ceremonia magnífica, rodeada de la mayor pompa y aparato. Solo concurrieron á ella los grandes y demas personajes portugueses, habiéndose quedado en sus casas los españoles de la comitiva, incluso el archiduque Alberto. Se presentó el rey vestido con la mayor magnificencia en un tablado donde le tenian preparado un trono. Inmediatamente que se sentó en él, pusieron en su mano derecha un cetro de oro. En derredor se colocaron los prelados, los grandes portugueses de la comitiva, quedándose fuera los procuradores que no pudieron coger en el tablado. El obispo de Leiria, en nombre del alto clero portugués y de los grandes, saludó á Felipe como rey de Portugal, reduciéndose en su larga arenga á decirle, que en virtud de sus derechos incontestables de sucesion, le acogian los portugueses por rey y señor de aquellos reinos. En los mismos términos le habló don Damian de Aguilar á nombre de los procuradores. Concluidas las arengas acercaron al rey una mesa con un Crucifijo y un misal, y el monarca entonces puesto en pié, hizo el juramento de regir y gobernar bien y derechamente, de administrar justicia en cuanto lo permitiese la flaqueza humana, y de guardar á los portugueses sus buenas costumbres, privilegios, gracias, mercedes, libertades y franquezas que por los reyes pasados sus antecesores les fueron dados, otorgados y confirmados. Concluido el juramento, se sentó Felipe, é inmediatamente se pronunció por el secretario de Estado en voz alta la fórmula del que debian prestar al rey los tres Estados del reino, de reconocerle por su señor y de ren-

dirle pleito-homenaje, segun fuero y costumbre de estos reinos. Inmediatamente pasaron á prestar el juramento, poniéndose uno á uno delante del rey, y besándole la mano despues de concluido el acto. Comenzó el duque de Braganza; siguieron los grandes y prelados, los consejeros de Estado, los señores de pueblos y lugares, y en seguida los procuradores de las corporaciones y ciudades que tenian voto en Córtes. Concluido todo proclamó un rey de armas por rey de Portugal al muy alto y poderoso señor don Felipe, á cuya voz correspondió el pueblo con aclamaciones, al son de músicas, fuegos de artificio, disparos de artillería, y las campanas que habian echado á vuelo. Terminó la funcion una magnífica que se dió en la iglesia, adonde se trasladó inmediatamente el rey seguido de su nueva córte. Fué recibido á la puerta del templo por todo el clero y los obispos vestidos de pontifical, quienes oficiaron en el solemne *Te Deum* para dar gracias á Dios por aquel grande acontecimiento.

Al dia siguiente se celebró igual ceremonia para jurar por heredero de Portugal al principe don Diego.

Despues comenzaron las Córtes del reino sus trabajos ordinarios, y de que haremos mencion á su debido tiempo. Mientras tanto expidió el rey un decreto en que perdonaba á todos los portugueses declarados contra sus derechos que habian servido á don Antonio ó ejercido hostilidades de otro género. Solo fueron exceptuadas del perdon cincuenta y dos personas, contándose entre ellas al obispo de la Guardia y al conde de Vimioso, general de don Antonio. Tambien quedaron excluidos los frailes que se habian declarado parciales del prior, privándolos de todos los beneficios que de él habian recibido, é inhabilitándolos para ejercer ningun cargo en adelante.

Hicieron las Córtes portuguesas algunas peticiones al rey, que fueron satisfechas. A otras que tuvo por imprudentes y fuera de lugar, respondió con evasivas ó negándolas redondamente. Entre estas indicaremos tres: primera que no hubiese guarniciones en el reino: segunda

que se permitiese á los portugueses el traficar libremente en las Indias occidentales: tercera que otorgase á los portugueses carta de naturaleza en Castilla. Tambien pidieron que el príncipe heredero fuese educado en Portugal, á lo que dió una formal negativa el rey católico.

En compensacion otorgó el rey varias gracias á muchos portugueses de distincion, confiriéndoles hábitos en órdenes militares, encomiendas, títulos, etc.; pero el instrumento mas importante y formal que se extendió á su favor, fué la promesa solemne que todos los gobernadores de Portugal, todos los grandes funcionarios, tanto militares como civiles y eclesiásticos, serian naturales del pais, y que solo á portugueses se conferiria todo cargo público; que no se tocara á los usos, á las costumbres, á las leyes, á los privilegios del pais, sin expreso consentimiento de las Córtes.

Setenta dias se detuvo Felipe II y I ya de Portugal en el pueblo de Tomar, mientras las Córtes entendieron en los negocios que habian dado motivo á su convocacion. Y pareciéndole al rey que ya era tiempo de hacerse ver en la capital de su nuevo reino, salió de Tomar seguido de una córte brillante y numerosa, en 24 de junio de 1581, y tomó el camino de Lisboa, pasando por los pueblos de Santaren, Almerin, Salvatierra y Villafranca, situada sobre el Tajo. Aquí encontró comisionados de las principales autoridades de Lisboa con una barea magníficamente decorada, para que continuase por agua su camino. Tambien encontró al marqués de Santa Cruz que venia con sus galeras principales. Se embarcó el rey y caminó rio abajo hasta el pueblo de Almada que se halla en la orilla izquierda, frente á Lisboa, donde se detuvo por súplicas que le hicieron las autoridades de la capital de que aguardase un dia mientras se completaban los preparativos que se hacian para su recibimiento. A este pueblo de Almada pasó á visitarle el duque de Alba, á quien recibió Felipe II con las muestras de mayor cordialidad, manifestándole lo gratos que le habian sido sus

servicios. El 29 de junio de 1581 verificó Felipe su entrada pública en Lisboa con toda solemnidad, habiendo salido á recibirlo á la puerta las principales autoridades militares y civiles. Entró á caballo, debajo de palio de brocado de oro, al son de músicas, de campanas mezcladas con el estruendo de la artilleria. Despues de haber paseado las calles principales de Lisboa, se encaminó á la catedral, á cuya puerta salió á recibirle el arzobispo vestido de pontifical, á la cabeza de otros mas prelados y un clero numeroso. Despues del solemne *Te-Deum* que se cantó en accion de gracias, se dirigió el rey en la misma forma debajo de arcos triunfales al palacio real, donde le esperaba el duque de Alba para darle posesion de aquella mansion de los antiguos reyes.

Así quedó solemnemente instalado en la gran capital de un nuevo reino, el señor ya de tan inmensas posesiones. Si no se podía considerar Portugal una grande adquisicion considerada la superficie del pais, era de la mas alta trascendencia para Felipe II verse dueño absoluto de toda la península ibérica ó española, que por primera vez reconocia el dominio de uno solo. Con el Portugal habia adquirido sus inmensas posesiones allende de los mares: el Brasil, de reciente conquista, y las ricas regiones de la India Oriental, de donde se extraian tan ricas mercancías, productos de su suelo y de su industria. Con razon se dijo entonces que el sol no se ponía nunca en los Estados del poderoso rey de España. Ora atendiendo á la inmensa extension del territorio, ora á la riqueza de su suelo, no habia hecho mencion la historia de mas vasta monarquia. La plata, el oro, las producciones mas exquisitas, las manufacturas de objetos mas apetecidos, todo se criaba profusamente en los Estados del nuevo señor de Portugal, quien sin duda se debió de penetrar de orgullo con la grande altura á que habia llegado su potencia.

No es extraño que este aumento de poder del rey de España hubiese aumentado los odios, los temores de

sus abiertos enemigos, y causado nuevas inquietudes á los que manifestándose sus amigos no podian menos de mirarle con recelo y con envidia. Recibió en Lisboa felicitaciones del pontífice, de los príncipes de Italia, de la república de Venecia, del emperador, y hasta de Enrique, rey de Francia. No hay necesidad de indicar la poca sinceridad que debió de haber en muchos de estos cumplimientos.

Dueño Felipe II de la península española y de tan inmensos dominios de la otra parte de los mares, que le constituian en la primera potencia marítima del mundo, natural era que pensase en establecer la silla de tan vasto imperio en un gran puerto donde pudiesen abrigarse los bajeles que traian á la madre patria los productos de todos los países de la tierra. Todas estas ventajas se reunian en Lisboa, ciudad populosa á las puertas del Atlántico, situada en la anchurosa boca del rio que de todos los de la península lleva mas caudal de agua al seno de los mares. Estaba, pues, llamada Lisboa á ser la capital de todos los dominios españoles. A estas razones de un interés material, se unian las de la política, tan interesada en la conservacion de un nuevo reino adquirido, y en la fusion con el tiempo de dos naciones llamadas por la naturaleza á no formar mas que una. No sabemos si esta idea ocurrió entonces á Felipe II y á los principales de su Consejo; mas en la edad presente es un objeto de censura esta falta del rey, y una de las causas á que se atribuye la pérdida de Portugal en el reinado de su nieto. De todos modos era el rey de España demasiado español para pensar en vivir en ninguna parte que no fuese España. Madrid era su hechura: el monasterio del Escorial una de sus mas grandes ocupaciones, de sus mas agradables pasatiempos: vivir fuera de Madrid y del Escorial, no era vivir en su elemento.

CAPITULO LVI.

Continuacion del anterior.--Administracion de Felipe II en Portugal.--Le niegan la obediencia las islas Terceiras.--Reconocen por rey á don Antonio.--Primera expedicion de los españoles sobre las Terceiras.--Infructuosa.--Don Antonio en Francia.--Se embarca para dichas islas con aventureros franceses é ingleses.--Segunda expedicion de los españoles mandada por el marqués de Santa Cruz.--Combate naval en que sale victorioso.--Vuelve á Lisboa.--Muere en esta capital el duque de Alba.--Regresa el rey á España.--Queda de regente en Portugal el archiduque Alberto.--Segunda expedicion del marqués de Santa Cruz á las Terceiras.--Quedan sujetas estas islas á la obediencia del nuevo rey de Portugal (1).

1581—1585.

A pesar de la impopularidad de la persona de Felipe II y de su gobierno en Portugal, no dejó de conducirse con moderacion, como un príncipe hábil que deseaba captarse la benevolencia de sus nuevos súbditos. Ya le hemos visto en Tomar dispensando diferentes gracias personales, ademas de la otorgacion de las que al todo de la nacion se referian. La misma conducta observó en Lisboa, mostrándose afable y accesible, llevando el deseo de hacerse grato á la nacion hasta el punto de vestirse con traje portugués en la mayor parte de las fiestas y solemnidades públicas. Tomó ademas providencias de buen gobierno, y como era un príncipe tan amante del orden y estricto observador de la justicia, se aplicó con celo á corregir varios abusos y males, unos que habian hecho hondas raices en el país, y otros que eran productos de los últimos disturbios. Creó una nueva audiencia en la provincia de Entre Duero y Miño, y se mostró muy solícito en hacer otros arreglos que varios ramos de la administracion pública exigian. Mas con to-

(1) Las mismas autoridades.
Tomo III.